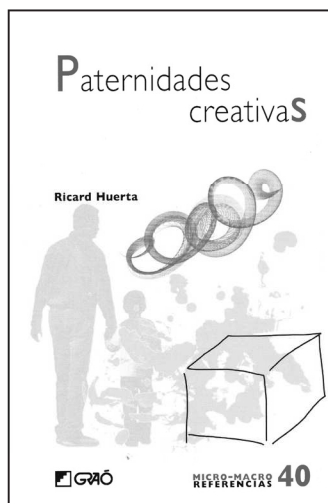


Paternidades creativas.

Ricard Huerta (2013). Col. Micro-macro referencias, 40. Barcelona: Editorial Graó

Francesc J. Hernández i Dobon
Universitat de València



Dialógos sobre la patergogía

La reforma de la ley del aborto promovida por el ministro Gallardón polariza la sociedad entre las personas que postulan que la concepción representa una forma de maternidad que ha de desembocar en el parto y las que postulan que, dado que ninguna mujer puede ser obligada a ser madre, el embarazo puede ser interrumpido antes del parto. En los dos casos se asocia maternidad y parto, para forzar el segundo o para evitar la primera. La proliferación del debate sobre ser madre y parto, planteado de un modo o de otro, nos deja un punto ciego: el ser padre. ¿Qué se sabe de la paternidad? En nuestra tradición cultural, saber se puede decir, al menos, en dos sentidos clásicos. En el de Aristóteles, más frecuente en las ciencias, sobre todo en las naturales, saber es clasificar. Así, armados de

bibliografías exhaustivas, muestras representativas, metodologías determinantes y tipologías ideales, se suelen formular principios, mejor cuanto más universales y necesarios. De este modo, podríamos acercarnos a la paternidad con la pericia de la entomología o de la microbiología; pero también con su gélida distancia. En el sentido del saber de Platón, más infrecuente pero no menos científico, saber es rememorar, lo que viene a significar ejercitar el alma en la contemplación de las ideas, y por encima de todas la del Bien, despojando a la psique de las impurezas con las que va quedando lastrada en la vida y retornando a una contemplación primigenia (de ahí el recuerdo); una gimnasia anímica que no promete conclusiones, sino elucidaciones inherentemente morales: el conocimiento o es para obrar el bien o no es conocimiento. El libro *Paternidades creativas* del profesor Ricard Huerta, aunque no lo mencione explícitamente, es un texto deudor de Platón y su orientación del saber.

Huerta ha escogido por título casi un oxímoron, un binomio paradójico cuya enunciación ya evidencia la tesis (como “contrato social” u “origen de las especies”) y nos coloca en una orientación crítica, porque “paternidad” y “creatividad” no se suelen vincular. Este es el asunto del libro. En cierto sentido, el principio feminista “*on ne naît pas femme: on le devient*” ha blindado de esencialismo cualquier discurso sobre la maternidad, pero no sucede lo mismo con la paternidad. Su consideración no está protegida de esencialismos porque ni tan siquiera está desarrollada. Huerta se propone animarla, utilizando prácticamente el procedimiento platónico por excelencia: el diálogo. Como en los coloquios del fundador de la Academia, lo relevante aquí es acompañar mayéuticamente al lector, alumbrarle el camino para, podríamos decir recordando la sentencia de Simone de Beauvoir, “devenir padre”. Se podría decir que los doce capítulos del libro recogen prácticamente diálogos, confrontaciones con testimonios de padres (no recogidos *verbatim*, sino recreados sin eludir la ficción y con gusto por la buena expresión), con obras literarias (desde J. Manrique hasta C. McCarthy, sin olvidar *In Cold Blood* como *filo rosso* del libro), con producciones cinematográficas (desde De Sica a Pixar), con obras de arte (que Huerta conoce bien por su facetas de artista y profesor de didáctica de la expresión plástica), con composiciones musicales y con relatos mitológicos (otro acertado guiño al discípulo de Sócrates, que bien podría aumentar el autor en sucesivas ediciones). Como el filósofo griego, Huerta no pretende agotar los asuntos sobre la paternidad, ni tan siquiera completar su nómina, porque lo importante es el proceso, la dialéctica del alumbramiento, una palabra que significa tanto la iluminación de algo como su afloramiento.

Siguiendo a los pitagóricos, Platón defendió que el punto de partida del conocimiento es la admiración ante el orden prodigioso (el “cosmos”), que en su caso se teñía con la dolorosa incompreensión del absurdo y cruel proceso al que fue sometido Sócrates. Allí donde se anuda lo taumatúrgico y lo traumatúrgico puede abrirse (alumbrarse) el camino a una *episteme* que busque la contemplación del bien. Del mismo punto parte Huerta: la admiración ante el eterno devenir de lo paternal (todos tenemos un padre) y la eventual sustracción de su capacidad de realización que, en casos de separación, efectúa el aparato jurídico, se combinan en la motivación del libro. Las intempestivas peripecias judiciales para conseguir la custodia compartida, glosadas en el obra, son sexistas por kafkianas o viceversa. Y, como suele pasar en la ciencia no aristotélica, desde Platón a Pascal o Rousseau, la biografía se entremezcla en el diálogo, porque sólo desde la experiencia lúcida puede establecerse el método firme, alumbrarse. Por ello, declarar públicamente (lo que hace el pro-fesor) es enunciar con los demás (practicar la confesión). En este ejercicio de profesar-confesar, Huerta no elude ni la narración en primera persona, ni los temas conflictivos, ni la toma de partido. Por ello, el autor considera, entre otros, el asunto de los padres que declaran su homosexualidad o las familias reconstruidas con padres homosexuales. “Salir del armario” no es más que aparecer en el ágora. Y en este asunto también el libro parece seguir implícitamente al fundador de la Academia. Cuando se habla de amor platónico habría que recordar que el discípulo de Sócrates (y tal vez su maestro) quedaron cautivados por Alcibiades.

Si, como decía Nietzsche, Platón tenía muchas almas, podemos entender sus diálogos como un coloquio entre ellas mismas. De manera semejante, por el libro de Huerta des-

filan testimonios y relatos (que el autor ha recogido de autores de procedencias muy heterogéneas, lo que es uno de los méritos del libro) que, precisamente, son seleccionados porque resultan constituyentes de su propia experiencia. No son ilustraciones, sino vivencias. O mejor, el relato de las vivencias que es, como todo aprendizaje, esencialmente narrativo (como defiende Ivor Goodson). La defensa de la propia coherencia (recuérdese que el primer diálogo platónico es precisamente la *Apología*) surge de la propia biograficidad (en concepto de Peter Alheit y Bettina Dausien). Por ello, lo creativo no es la producción de lo ajeno, sino la instauración de la armonía propia como garantía de la vida y viceversa. Según una de las mitologías a las que se refiere Huerta, el laud que tañe melodiosamente el personaje mitológico de Arión (p. 147) para embelesar al delfín y no perecer en el piélago al ser rescatado por el cetáceo.

Como para los atenienses, el gusto por el diálogo salva del dogmatismo: no hay una, sino múltiples paternidades creativas. De ahí el plural del título. Pero no es asunto clasificarlas, como haría un aristotélico, sino intuir las, dejarlas hablar. *Paternidades creativas* no es un libro de autoayuda, aunque puede brindar apoyo, sino más bien un texto de masculinidades no masculinizantes, que pueden leer hombres y mujeres, y que trata también de hijos que (con)forman a los padres; no es un libro de pedagogía, sino más bien de “patergogía” (palabra que reclamo ya porque, por ahora, ha escapado al panóptico googleano), o de estética con ética y viceversa; en definitiva, de la creación de las paternidades y de las paternidades creadoras.

Es cierto que la obra, en los capítulos centrales, propone como un recurso más para establecer proximidades entre padre e hijos la visita a museos o el visionado y comentario conjunto de películas (donde, siguiendo precisamente la orientación platónica implícita, pueden darse situaciones de cercanía semejantes “a una experiencia mística”, p. 90). Pero, ¿qué otra cosa es el análisis filmico más que la escapada de la caverna donde el proyector arroja sombras sobre la pantalla? En general, se trata, según el autor, de aprovechar las alternativas que el arte ofrece a otros lugares (o, mejor, no-lugares) concebidos precisamente para neutralizar tales proximidades (como, por citar ejemplos del libro, la cinematografía estereotipada de la factoría Disney o los restaurantes “familiares” de comida rápida hechos precisamente para facilitar la despersonalización que impide la proximidad). Sin embargo, la consideración estética de Huerta va más allá: se trata de trasponer la creatividad misma a la trama de acercamientos, complicidades y manifestaciones de afecto en que se puede convertir la paternidad, o, si se prefiere, se trata de recuperar el sentido de aquella capacidad humana que los filósofos alemanes del XVIII vincularon con la estética y enunciaron como sensibilidad, naturalmente siguiendo las huellas de Platón.